



EL SÍNDROME DE KORSAKOFF

A. FAUSTO

EL SÍNDROME DE KORSAKOFF

A. FAUSTO

Este libro se publicita y distribuye a través de la página
Web: <http://www.descubreelsindrome.com>

*A mi madre, por enseñarme el valor de las palabras.
A mi hermana Raquel, por estar siempre ahí.
A mi hermano David, por estar a su manera.
A la mujer de las siete lunas, por creer en lo que hago,
y a mi tía Maricel, por sentir este proyecto como suyo.
Gracias de corazón.*

Index

PRÓLOGO

PARTE I - CONDENA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

PARTE II - PURGA

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

PARTE III - REQUIEM

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

PARTE IV - EXEQUIAS

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

OTROS TRABAJOS DEL AUTOR

PRÓLOGO

Cuando despertó, el hedor a muerte lo invadía todo. Un olor pútrido y macabro, que penetraba por sus fosas nasales produciéndole una extraña sensación. Hasta la última fibra de su cuerpo se erizó, mientras aquel sentimiento nauseabundo se apoderaba de él.

Sus sentidos estaban anulados, y comenzaban a despertar lentamente de un profundo letargo, al que no recordaba cómo había llegado. Entonces lo supo, supo que aquello que recorría sus venas era el terror verdadero. Nunca había experimentado nada semejante, aquel presentimiento grotesco, que parecía anunciar que no había vuelta atrás.

Sus músculos estaban totalmente rígidos, era incapaz de mover un solo dedo. Intentaba sin éxito levantar los brazos, para comprobar qué era aquello que se le escurría entre los dedos. Los sonidos eran vagos, todo cuanto le rodeaba se convertía en un eco cacofónico que no hacía sino empeorar su aturdimiento. La vista, totalmente nublada, como queriendo abstraerlo de aquello tan terrorífico y dantesco, que no sabía siquiera si se atrevía a descubrir.

Deseó con todas sus fuerzas despertar de aquella pesadilla, e hizo un esfuerzo sobrehumano por mover sus extremidades, que seguían repletas de aquella cosa viscosa que no acertaba a ver. Era indescriptible aquella parálisis, aquel estado catatónico en el que se encontraba. Sin embargo era consciente de que estaba allí, y de que aquello no era ninguna pesadilla.

Poco a poco pudo captar los primeros detalles mediante el tacto. Se encontraba de rodillas, sobre algo blando. Quiso levantarse y apartarse de aquello que desconocía, pero seguía sin poder moverse. Aquel líquido seguía cayendo por sus brazos, y podía notar cómo se formaban gotas al final de sus dedos, que se deslizaban desde lo alto para precipitarse hacia lo desconocido.

Comenzó a recordar algo. Una fiesta. Sí, lo último que recordaba era aquella fiesta. El libro... ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Hollis le había ofrecido una copa mientras hablaba con los invitados... ¡Los invitados!

Ahora aquellos ruidos ensordecedores e indescribibles comenzaron a tomar forma, podía diferenciar alguna de las voces que escuchaba, aunque no sabía lo que decían. Parecía que la cabeza fuera a estallarle de un momento a otro, bombardeada por aquellas percepciones inhóspitas que le llegaban de todos sus sentidos.

¿Por qué no entendía aquellas voces? ¿Por qué no era capaz de distinguir qué decían? Entonces se dio cuenta de que no hablaban, sino que gritaban, gritaban con auténtico pavor, como si fuese el fin del mundo.

Se frotó los ojos, y se sintió reconfortado al ver que esta vez sí había conseguido mover los brazos. La sustancia viscosa de sus manos le impregnó las retinas y parte de la cara. Se frotaba los ojos frenéticamente, casi en estado de *shock*.

Su visión se fue tornando del negro al rojo. Al principio no distinguió nada, solo sombras teñidas de aquel color agobiante. Ahora notaba el líquido también en su rostro, caía por sus mejillas, y una gota le llegó a los labios. Era dulce, y otra vez tuvo aquella sensación terrorífica de que había sucedido algo espantoso.

Lo primero que distinguió fueron las cortinas. Aquellas cortinas verdes que a su madre tanto le gustaban. Sin embargo no las veía verdes, se habían vuelto completamente purpúreas. Movié la cabeza a ambos lados, adivinando a duras penas vagas sombras que parecían cernirse sobre él.

Después miró al suelo, y todo volvió a encajar repentinamente. Durante unos pocos segundos fue capaz de reconocer las voces que gritaban. Sintió todavía más fuerte aquel hedor nauseabundo con el que había despertado, que ahora llenaba sus pulmones por completo. Pudo advertir que el fluido que empapaba su cuerpo estaba caliente, y estuvo a punto de vomitar.

Por último lo vio. Bajo sus rodillas, reconoció qué era aquello sobre lo que estaba postrado. Vio el cuerpo, y enloqueció. Cuando su cabeza golpeó el suelo repetidas veces, no sintió dolor. No experimentó dolor mientras aporreaba con todas sus fuerzas el frío piso. Tan solo sentía el ir y venir de su frente, aplastándose contra el pavimento, y de nuevo pudo percibir la fluidez de la sangre, esta vez suya.

PARTE I - CONDENA

CAPÍTULO 1

Ricardo Maurer era un hombre solitario. Sus fallidos intentos por establecer una familia le habían llevado a vivir como un ermitaño, dedicado al cien por cien a lo único que realmente le apasionaba: su trabajo. Obsesionado con el orden y la limpieza, mantenía bien ordenada su colección de vinilos de música clásica.

El escritorio de su despacho se encontraba repleto de libros: medicina común, psicología, neurología... Los había leído todos, y varias veces; aquello le mantenía en forma, como a él le gustaba decir. No era el tipo de persona que tras sacarse el doctorado se dedicaba simplemente a vivir la vida. No, el doctor Maurer no era así. Él prefería el conocimiento, continuar aprendiendo. Al fin y al cabo un título no era más que eso, un título, que sin una continuada labor de mantenimiento con los años se convertiría en un papel amarillento, lleno de polvo.

Lejos de esto, su diploma colgaba reluciente en la pared de su consulta, en un marco sencillo, y con un cristal brillante que lo protegía de la humedad y de las miradas inquietas de algunos de sus pacientes. Hacía poco que se había doctorado en psicología, pero estaba seguro de que llegaría lejos. Era ese tipo de persona optimista, que no importa cuántas veces caiga, siempre se vuelve a levantar.

Sabía que tan solo necesitaba algo de suerte, un caso polémico quizá, algo que salpicara a la prensa, sencillamente algo de publicidad, después todo sería un camino de rosas. Acababa de abrir su consulta en la calle San Nicolás, y le gustaba pensar que la llegada del éxito era solo cuestión de tiempo. Tenía una confianza férrea en sus propias aptitudes, y en realidad era una persona inteligente, bastante por encima de la media a decir verdad.

Al principio, los pacientes que llegaban a su consulta solo eran púberes imberbes con problemas de conducta, o parejas que buscaban en la psicología una forma de salvar su relación. El doctor Maurer los recibía cordialmente, y lo primero que veían ellos era aquel título colgando de la pared, en su sencillo marco, y con su cristal pulcro e impoluto.

Eran casos sencillos, que no representaban ningún verdadero problema para él. La mayoría de veces tan solo tenía que buscar la raíz del desorden, y hacer que el cliente se percatara del porqué de sus desequilibrios emocionales. Esto, en el noventa por ciento de los casos se limitaba a disputas conyugales, celos irracionales o traumas infantiles no resueltos. En la más grave de las coyunturas, se encontraba con alguien que había perdido a un ser querido, alguien que tenía problemas con el alcohol, o conflictos de identidad sexual... Nada que no pudiera resolver con una terapia continuada.

A ser posible, prefería no utilizar fármacos, no era partidario de mantener drogados a sus enfermos a no ser que fuese realmente necesario. Esto le produjo más de una enemistad entre el resto del gremio, que no aprobaba sus métodos, y por ello se vio obligado a trabajar por libre, sin la censura de ningún compañero que pudiese desaprobador su forma de obrar. En cuanto le fue posible montó aquella pequeña consulta, que la verdad no iba nada mal. Solo esperaba ese proceso, ese sujeto que sabía que algún día llegaría y sería su oportunidad para hacerse valer.

Allí nadie le recriminaba nada, podía trabajar libremente, y dejarse llamar psicólogo o psiquiatra sin distinciones, algo que hubiese levantado ampollas entre cualquiera de los dos gremios, y sobre todo entre sus colegas psiquiatras, que tenían tendencia a creerse superiores. Él, por su parte, y haciendo gala de su particular forma de ser, no se había conformado con estudiar psiquiatría, y más tarde se había especializado en psicoterapia. De ahí la indiferencia que le provocaba el hecho de que le llamasen de un modo u otro.

Escapó de sus propios pensamientos, debido a un sonido fácilmente reconocible. Nada más descolgar el teléfono, escuchó unos sollozos femeninos al otro lado del hilo, y aquello le hubiese sobresaltado, de no ser porque había recibido infinidad de llamadas como aquella, de hecho resultaba una perfecta definición de todas ellas.

—Consulta del doctor Maurer, adelante —anunció con tono aburrido.

—Es mi hija, doctor. No está bien —pronunció una voz temblorosa.

—Bueno, lo primero tranquilícese. Dígame su nombre para que pueda dirigirme a usted.

—María Morain.

—Perfecto señora Morain. Cuénteme, cuál es el problema.

El hilo telefónico no devolvió respuesta alguna y el doctor tuvo que insistir.

—Ha dicho que se trataba de su hija...

—Cada día está peor... No come nada, y está muy débil.

—Bueno, creo que sería mejor que acudiera a mi consulta y me explicara lo que sucede exactamente.

De nuevo un incómodo mutismo, la señora parecía pensar para sí misma, y Maurer sabía que estaba al otro lado del teléfono, porque escuchaba su respiración entrecortada.

—Tranquila, no voy a cobrarle por la primera cita, si es eso lo que le preocupa. Usted me cuenta todo detalladamente, y yo le ofrezco posibles soluciones. ¿Le parece bien?

—No lo sé... Mi marido tendría que saberlo —se la escuchó dudosa.

—Mire, si de verdad su hija está tan mal como dice, es mejor que venga a hablar conmigo cuanto antes.

El doctor tuvo que esperar de nuevo a que la voz castigada hiciera eco en el audífono.

—Está bien. Hablaré con usted.

—No se arrepentirá, señora, se lo prometo. Puede pasarse mañana por la mañana a las once, si le viene bien.

—Sí, sí... Allí estaré.

Era martes, diecisiete de noviembre, y no aparecía por ninguna parte. El psicólogo esperó algo más de media hora, hasta darse cuenta de que la mujer no iba a acudir a la consulta. No pudo evitar pensar si su marido tendría algo que ver con su ausencia, y recordó lo amedrentada que parecía a la otra parte del hilo, cuando le hizo entender que él no sabía nada de aquella llamada.

El resto del día lo pasó en la consulta. Aunque no tenía que recibir a ningún paciente, dedicó el tiempo a ordenar todo el papeleo y a poner al corriente los informes tras las últimas sesiones de terapia. Cuando acabó, ordenó religiosamente todo el escritorio. Archivó todos y cada uno de los documentos en los que había estado trabajando, detuvo el tocadiscos, y retiró y guardó cuidadosamente el vinilo que había estado sonando durante toda la tarde, la Sonata para piano número 14, de Ludwig van Beethoven.

Aquella música era para él arrebatadoramente magistral. Cada nota era una exquisitez para su refinado paladar musical. Aunque no entendía de solfeo, la melodía transportaba al doctor hasta donde él quisiera viajar. La música era su panacea, su cura contra todo mal, y era de la opinión de que si sus pacientes se hubieran criado escuchando aquellas notas, probablemente no necesitarían acudir a sus modestas sesiones de terapia.

Fue a la tarde siguiente, cuando esperaba a otra paciente, que alguien golpeó a la puerta. El doctor aguardaba a una compradora compulsiva que estaba resultando más difícil de soportar de lo que un principio había pensado. Durante cada sesión, se dedicaba a enseñarle los nuevos modelitos que había adquirido a base de tarjeta de crédito, y él comenzaba a preguntarse si en realidad quería solucionar su problema o tan solo acudía a cada cita para sentirse menos culpable.

—Adelante —pronunció intentando ocultar su desgana.

No hubo respuesta al otro lado del umbral, solo silencio.

— ¡Adelante, pase!

La manilla de la puerta emitió un sonido a óxido cuando giró. Poco a poco, una grande y oronda silueta fue apareciendo tras el portal, y el doctor supo de inmediato que aquella no era la paciente que estaba esperando.

Era una mujer si no muy mayor, sí muy castigada por los años. Mediría un metro sesenta aproximadamente, y estaba excesivamente gorda. Llevaba un chaquetón de piel enorme con hombreras, que le llegaba casi hasta los pies. Tenía el pelo ferozmente rizado, y con un tinte rubio barato que desentonaba con lo ostentoso del abrigo. Sus facciones estaban marcadas profundamente. Su rostro estaba lleno de arrugas muy marcadas por la edad; y su cuello, tapado por varios collares de perlas que intentaban sin éxito ocultar los pliegues de su flácida piel. Tenía los ojos de un azul intenso, y una de esas miradas que tienen los ancianos, una de esas expresiones mezcla de abatimiento, nostalgia y sabiduría.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla? —masculló el doctor mientras se levantaba y se acercaba lentamente a ella, sin saber muy bien cómo recibirla.

—Hablamos por teléfono hace dos días. Soy María Morain. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto. El caso es que ya no la esperaba...

—Lo sé, y discúlpeme, he venido para hablarle de eso doctor. Ya no sé a quién acudir —su tono se volvió más grave.

—Le prometo que haré todo cuanto esté en mi mano, pero ahora tengo que recibir a una paciente. Si paciente, si le parece, podemos quedar el lunes.

—No..., por favor, doctor, necesito que sepa qué es lo que está ocurriendo, llevo demasiado tiempo guardando para mí misma todo este asunto —afirmó la oronda mujer mirándolo a los ojos.

El doctor Maurer sospesó las opciones rápidamente y, definitivamente, no le apetecía quedarse allí a ver la próxima colección primavera verano que seguro le mostraría su siguiente paciente.

—Espere, de acuerdo. Vayamos a algún sitio en el que podamos hablar tranquilos. Quiero ayudarla, pero necesito que me lo cuente todo.

—Está bien, conozco un sitio cerca de aquí.

Aquel asentimiento repentino por su parte hizo que el doctor se sintiese estúpido, había logrado que dejara a una de sus pacientes y abandonara la consulta, algo que no había hecho nunca. Sin embargo, la curiosidad lo corroía hondamente, y descubrir qué demonios le pasaba a la hija de aquel vejstorio se había convertido en casi una cuestión personal. Dejó una improvisada nota en la entrada del despacho, excusando su ausencia, y salió de allí en compañía de la mujer sin saber muy bien a dónde se dirigían.

Eran ya las siete y treinta y cinco minutos de la tarde cuando llegaron a la cafetería Campanas. Era un lugar acogedor y tranquilo en el que Ricardo había estado más veces y, aunque no le pareció del todo adecuado para aquella reunión, no replicó por temor a incomodarla.

Pasaron al fondo del local, y se sentaron en una mesita en la esquina, desde donde podía verse toda la plaza a través del ventanal. La señora permanecía en silencio, mientras el doctor la examinaba minuciosamente, como si fuese uno de sus pacientes.

—¿Qué van a tomar? —preguntó un joven camarero vestido de negro.

—Yo tomaré un café solo, largo —anotó el doctor sin desviar apenas la mirada.

—Para mí, una tostada con mantequilla y mermelada y un café con leche, por favor.

—Enseguida.

Esperaron unos instantes a que el trabajador se alejase lo suficiente, y se aseguraron de que no hubiera nadie cerca que pudiese entrometerse en la conversación que estaban a punto de emprender.

—La escucho —afirmó él completamente serio.